



NELSON, EL APÓSTATA

**Datos autobiográficos y de su vida
intelectual**

NELSON BARROS CANTILLO

Entrevista con José Gabriel Coley

PRESENTACIÓN

El título que merecía este opúsculo era conversaciones entre el diablo y su discípulo, porque para nadie es un misterio la admiración que siente Nelson Barros por este personaje, a tal punto que en muchos escritos periodísticos los firmaba con el seudónimo de Belcebú, pasión que los dos compartimos, además del ateísmo.

Estas conversaciones las hemos tenido a lo largo de los últimos 30 años, cuando Nelson volvió como profesor de la Universidad del Atlántico a solicitud mía siendo yo director del Instituto de Filosofía. Realmente fue un acto de desagravio para con él, dado que en un primer momento nuestras relaciones fueron de desencuentros, oposición y desavenencias.

Era el año 1970 cuando nos conocimos siendo él mi profesor y yo un mozalbete arisco y radical, catequizado en un marxismo de manual que quería explicar todo a través de las leyes de la dialéctica, el materialismo histórico y la economía política. Fuera de eso no había nada. Fungía como líder de mi curso y actuaba como un tábano que picaba y daba fiebre. Con mi pobre discurso me enfrenté al maestro Barros que ya había publicado su primer libro Introducción a la lógica formal, prologado por el filósofo Julio Enrique Blanco.

Evidentemente Nelson me destrozó y yo simplemente le decía que se definiera, si era materialista o Idealista con lo cual al verme perdido, acudí a la presión política estudiantil hasta lograr que se fuera de la Universidad. Muchos años después yo mismo lo reintegré (1991) reconociendo mi error y su sapiencia en filosofía, lógica y todo lo demás. Por supuesto Nelson era en ese entonces mucho más sabio que cuando fue mi profesor (y lo sigue siendo).



Desde entonces somos amigos y hemos sostenido muchas conversaciones fraccionadas sobre los temas que ahora el maestro trató de unificar a partir de las preguntas que yo le he formulado para que él rememore.

Se había pensado inicialmente, por parte del actual Decano Luis Alarcón, en una video-entrevista a la cual Nelson no accedió, sino que la cambió por la forma clásica pero a condición de que fuera yo quien la hiciera. Yo acepté con todo gusto y nos pusimos de acuerdo en los ítems insistiéndole que fuera él quien desarrollara las respuestas a placer, porque eran básicamente testimonios sobre su vida intelectual a manera autobiográfica, como bien lo enuncia el subtítulo.

Se tratarán los temas de su religiosidad inicial cuando infante, su desarrollo y su ruptura (de ahí lo de apóstata), su teología atea (no es contrasentido como se verá), cómo llegó a la lógica, la semblanza de Dios, algunas reflexiones sobre la muerte y su inclinación a la música clásica y la ópera.

Al final se hará un balance de sus libros publicados, no en orden cronológico, sino en el que eligió el autor, con comentarios suyos y de los prologuistas, para que el lector se haga una idea sobre qué versa cada uno y tenga una visión de conjunto de su amplia producción de escritor.

Barranquilla, noviembre de 2021.



NELSON, EL APÓSTATA

– Datos autobiográficos y de su vida intelectual –

Jose Gabriel Coley (J.G.C)

Maestro Barros, usted es un reconocido lógico no solo a nivel nacional sino que pasa las fronteras patrias, rara ave que remonta nuestro horizonte que se reconoce más que todo en el ámbito literario, por ejemplo. Cómo así que usted nacido en Macondo se interesa por y para algunos los áridos caminos de la lógica.

Nelson Barros Cantillo (N.B.C)

Precisamente mi primer encuentro con la lógica está asociado con un libro obsequio de mi padre don Pedro J, Barros ('Pedrucho') en mi quinto cumpleaños (diciembre de 1945). El título de la obra: *Alicia en el país de las maravillas*, una obra que Pedrucho adquirió suponiendo que se trataba de un libro divertido como (ciertamente lo es) aunque no adecuado para un lector que a duras penas cursaba el primer grado de primaria y aprendía a leer en las lecciones de la cartilla *Alegría de leer*. Por supuesto, papá se encargó de leer los textos y de explicarme (hasta donde le fue posible) los contenidos y el sentido de los dibujos maravillosos con que el autor ilustraba sus conceptos. Pedrucho y yo estábamos habituados al ejercicio de leerme él y de escuchar yo, pues todos los sábados nos divertíamos a morir con las tiras cómicas de La Prensa. A veces, sin embargo, no dejaba él de recurrir a la lectura de un manual sobre los clásicos griegos: una sinopsis para niños que a mí me aburría hasta el bostezo.



En lo que concierne a *ALICIA*, Pedrucho me explicó -sin proponérselo- lo que más tarde interpreté como los principios básicos o axiomas de la lógica formal. Por ejemplo, que las cosas no son ni se comportan como ocurre en aquella historia en que un objeto determinado es él mismo y al mismo tiempo no lo es, puesto que es necesario aceptar que ese mismo objeto o es él mismo o no lo es (principios lógicos de identidad, de no contradicción y de tercero excluido).

En el universo de Alicia ocurrían cosas muy extrañas. Era un mundo sin lógica, según lo acotaba Pedrucho. En ese mundo podía darse el hecho de que existiera un gato sin sonrisa, lo cual es perfectamente normal, pero también podía ocurrir el fenómeno de existir la sonrisa del gato sin el gato. O sea que da lo mismo que yo vaya hacia la montaña o que la montaña venga hacia mí. Luego de leer algún acápite de Alicia, que nos llamara mucho la atención, Pedrucho me formulaba preguntas del siguiente género “*¿Si miro la luna por un catalejos, es lo mismo decir que yo voy hacia la luna o que la luna viene hacia mí? Y si afirmo que soy mentiroso, y miento, entonces ¿soy o no soy mentiroso?*” Y así, en medio de bromas espontáneas y reflexiones incipientes, se fue fraguando tempranamente mi afición por la lógica formal.

Pedrucho nunca lo supo (y yo vine a saberlo diez años después) de quien se trataba el autor de ese libro escrito para toda clase de lectores, de casi todas las edades y nacionalidades. Un autor que, en opinión del lógico español Alfredo Deaño, era capaz de interesar a la vez a los filósofos analíticos y a los surrealistas, a los poetas dadaístas y a los lógicos formales, a Russell y a Breton, a Artaud y a Strawson, a Dalí y a Stravinski, a Deleuze y a Eddington, a Ryle y a



Cortázar. Un autor cuyo verdadero nombre era Charles Lutwidge Dodgson pero que disfrutaba la chifladura de identificarse con varios seudónimos, especialmente el de Lewis Carroll, bajo cuya rúbrica emprendió varios viajes mentales cercanos a la esquizofrenia.

Algunos de esos viajes de Carroll por el universo de la sinrazón, tomaron distancia de los perímetros blanquecinos de la insania mental para aterrizar en realizaciones cuyos títulos armonizaban con sus quehaceres cotidianos de docente: *Novedoso método de adición, La física de la técnica fotográfica, Formulas de trigonometría plana, Tratado elemental de los determinantes, El libro V de Euclides desarrollado algebraicamente, Alicia frente al espejo, Los juegos de la lógica*. El por qué de esta producción de especie científica y matemática resulta simple de entender a la vez que sorprendente si se tiene en cuenta que durante más de cuarenta y siete años Carroll se desempeñó como asistente y luego como docente titular de la cátedra de matemáticas y lógica en la prestigiosa y renombrada High School de Oxford.

J.G.C. Quienes lo conocen saben que usted es un ateo redomado como yo y tal vez eso también se lo estoy debiendo por la razón de que fui su alumno, aunque lo sigo siendo, pero me gustaría que me comentara cómo fue el inicio de esa “razón pura”, sin ideas religiosas, siendo que en América Latina todos desde el bautizo tenemos en la frente la cruz de los ‘Buen Día’ de García Márquez, es decir, estamos condenados a ser creyentes o católicos hasta la muerte?



N.B.C. La religión es otra variable que mucho tuvo que ver con mi interés por la lógica y la filosofía. La señora Carmen J., mi madre, no era que digamos, una mujer rezandera ni fanática en el cumplimiento de los dogmas católicos, pero frecuentaba la iglesia los domingos y de vez en cuando leía la 'palabra de Dios'. En una ocasión en que me hablaba sobre la naturaleza de Cristo, -para mí un personaje fantástico que era hombre y a la vez dios- le dije que si se trataba de alguien como Hércules, hijo del dios Zeus con una mortal, según me lo habían revelado algunas de las lecturas de papá. Y a mí se me ocurrió comentar, que si comía pan y tomaba vino era un dios que tenía que orinar y hacer popó. Carmen J. me reprendió duramente por mi atrevimiento de imaginar y decir tales cosas.

Que el mismo Dios me iba a castigar aunque yo fuera un niño de nueve años que no sabía muy bien lo que decía. Años más tarde encontré en un autor iconoclasta la corroboración de mi intuición sobre la doble naturaleza de Jesucristo. Dice la leyenda que 'nuestro Señor' ayunó en el desierto durante cuarenta días con sus noches sin comer ni beber sustancia alguna. Surge entonces la pregunta obligada: ¿ayuno como dios o como hombre? Y la respuesta es: como hombre no pudo hacerlo porque ningún ser humano sobrevive tanto tiempo sin comer ni beber en absoluto. Y como dios; los dioses no necesitan sustento alimenticio porque son inmortales.

Anyway, como decía un clérigo amigo mío de ascendencia anglosajona, yo me comprometí intelectualmente con los ritos y dogmas del catolicismo hasta el punto de llegar mi padre a sospechar que se estaba fraguando en mí los presupuestos de una



vocación sacerdotal. “Esto sería lo último que tendría que soportar.-gritó en cierta ocasión- un hijo cura o drogadicto, político o marica. Ni más faltaba, por las pelotas del demonio que no lo soportaría”. Nunca supe del por qué o del origen del anticlericalismo de mi padre ni lo encontré dispuesto a tratar el problema a lo largo de su vida.

La curiosidad es una virtud del investigador, pero los cristianos la ponderan como un vicio. Por lo menos en la educación infantil los temas relacionados con la sexualidad, frente a la ciencia y los que representan los prodigios asociados a la omnipotencia divina, están vedados a la incredulidad natural de los infantes. A mí me parecieron semejantes los relatos fantásticos de Aesopo al compararlos con ciertos pasajes de las Sagradas Escrituras. El paralelismo educacional, que permite andar juntas la enseñanza religiosa y la científica, produce grandes conflictos en el educando inteligente. Un niño intelectualmente despierto puede llegar a experimentar dolorosamente el desgarramiento esencial entre su fe religiosa y los componentes racionales de su temprana instrucción científica llegando, hipotéticamente, al extremo de exclamar, como lo hiciera el dramaturgo Inglés Dennis Johnson, “creo dogmáticamente que el mundo fue creado en seis días, pero sé que no lo fue”

Mi ateísmo comenzó a forjarse a partir de un escepticismo más bien rudo y mal ilustrado, diríase que se trataba de una incredulidad perniciosa que buscaba motivos por todas partes para afianzarse en su descreimiento.



Entre los 14 y los 17 años leía la Biblia con suma avidez y espíritu contradictorio, regocijándome y felicitándome por ser capaz de encontrar contradicciones y absurdos en los textos sagrados. Por ejemplo, ¿cómo hizo Josué para detener la marcha del Sol y de la luna en medio de una batalla librada contra los enemigos de Jehová? ¿Cómo se las arregló Moisés para dividir las aguas del Mar Rojo en el intento de ayudar a sus congéneres a escapar de los ejércitos faraónicos? ¿Cómo fue que hubo espacio para todas las parejas de animales del planeta Tierra en el Arca de Noé? ¿Es cierto que Jonás fue engullido por una ballena y al cabo de tres días regurgitado sano y salvo? En ocasiones me parecía que La Biblia, especialmente el Antiguo Testamento, había sido escrita por unos judíos picarescos que gozaban con la credulidad imbécil del pueblo raso.

Pero hubo también autores, tanto seculares como docentes bíblicos, que impartían conceptos, semejantes a dogmas, apoyados en el solo argumento de la autoridad que representaban. Declaraban como si de testigos presenciales se tratase, que la virgen Maria, había ascendido a los cielos con la ayuda de media docena de ángeles, fenómeno que designaron con el nombre de *asunción*, para diferenciarlo de la *ascensión* o viaje interestelar que supuestamente realizara Jesucristo sin el auxilio de seres alados, equipamiento de viaje intergaláctico, ni fuerzas motoras de ningún género.

No solo se ocuparon los teólogos de asuntos tan extremos como difíciles de digerir por la sana razón, sino que abordaron temáticas impúdicas y vergonzantes, amparadas en el prurito de mantener la fe alejada de las asechanzas impúdicas del demonio. Por ejemplo, se les dio por sobreproteger la condición virginal de Maria abordando



el tema de la “inmaculada concepción”. Un tema definido por Julio Enrique Blanco como completamente ajeno a la realidad de la embriología de los mamíferos en general y del primate humano en especial. Se trataba de establecer por vía dogmática, que el Espíritu Santo (alias ‘Paráclito’ o ‘abogado defensor’) había ingresado al vientre de Maria para perfeccionar la concepción del hijo de Dios, no del modo usual que es propio de los humanos normales, sino a través del oído derecho de esta joven y virginal judía escogida por dios para ser madre de su hijo unigénito. Hubo acaloradas disputas entre los teólogos sobre el ‘problema’ de si fue por el oído derecho o por el izquierdo que el Espíritu Santo se metió en el cuerpo de Maria para fecundarla santamente. En mi viaje a España en 1999, tú me enviaste cuando eras Decano de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad del Atlántico, no desperdicié la oportunidad de visitar el Museo del Prado, en uno de cuyos sitios de exhibición cuelga el cuadro de la anunciación desde hace varios siglos. Estuve tan emocionado mirando esa obra de arte que mis prejuicios religiosos parecieron desaparecer momentáneamente.

La impudicia de algunos comentaristas bíblicos llegó a los extremos de la salacidad desbordante cuando se ventilaron temas concernientes al sexo de los ángeles y demonios, dejando la rienda suelta a la fantasía de que los diablos habrían sido capaces de realizar monstruosidades sádicas sobre los cuerpos (o espíritus) de arcángeles y querubines, al tiempo de invocar el nombre mil veces maldecido de Satanás. La clerecía oficial no fue ajena a esta desvergonzada práctica de salacidad verbal al ‘teorizar’, por ejemplo, si el semen de los demonios era helado o hirviente, si las mujeres embarazadas por el capellán o por algún obispo daban a luz



asistidas por cierta bruja, o si en los aquelarres el demonio accedía carnal y simultáneamente a las brujas jóvenes por delante y las viejas por detrás.

La Edad Media fue un hervidero de supersticiones religiosas, prácticas satánicas y predominio de la brujería. Un libro sobre el tema, El martillo de los brujos (Malleus Maleficarum) catalogado como el más famoso de los libros sobre brujería, discurre espléndidamente sobre las circunstancias de tiempo, modo y lugar que forjaron el fenómeno histórico al que nos estamos refiriendo. La obra fue escrita por los monjes dominicos Heinrich Kramer y Jacobus Sprenger, en medio de los excesos doctrinarios que te acabo de enunciar, - y de otra índole -, que maculaban gravemente el prestigio de la Iglesia, (siglos XV y XVI)

Ambos autores fueron nombrados inquisidores con poderes especiales por bula papal de Inocencio VIII para que investigasen los delitos de brujería y satanismo en las provincias del norte de Alemania. El libro, dicen los editores de la edición en español, a lo largo de los tres siglos siguientes “se convirtió en el manual indispensable y autoridad final para la inquisición: la hoguera, la tortura mental y física en la cruzada contra la brujería” Para mí, esta obra constituyó uno de los puntazos esenciales en cuanto a mi formación de libre pensador indignado y ateísta convencido.

J.G.C. De modo que yo puedo inferir que la literatura y la religión lo hicieron libre por los mismos interrogantes que se le fueron formulando, pero cómo fue que usted rompió radicalmente con la



fe y se internó en la argumentación, la razón y la lógica como único criterio de verdad?

N.B.C. Dos libros contribuyeron fuertemente al debilitamiento de mi fe religiosa; Jesucristo nunca ha existido de Emilio Bossi Milesbo, y Por qué no soy cristiano, de Bertrand Russell. El argumento central de Milesbo consistía en probar que Jesucristo es una deidad redentora de especie heliolística, precedido en la historia desde sus remotos comienzos por centenares de otros mitos redentores, cuyas sagas se suceden unas a otras en una vorágine de inacabables secuencias esencialmente idénticas entre sí. La celebración de la navidad cristiana es una prueba de ello, pues son muchos los dioses que han celebrado, antes de Cristo, sus respectivas calendas de nacimiento el 25 de diciembre. Entre otros: Horus, Egipto, año 3000 antes de nuestra era; Zarathursta, Persia, año 1000 a.n.e.; Krishna, India, 900 a.n.e.; Mithra, Persia, 600 a.n.e.; Apolo, Grecia, 400 a.n.e.; Buda, Nepal, 563 a.n.e.; Tammus, Babilonia, 400 a.n.e.; Hermes, Grecia, 200 a.n.e.; Adonis, Fenicia, 200 a.n.e.

Los argumentos de la obra de Milesbo son de género histórico, en tanto que los de Russell son de especie filosófica. A propósito de ello, recuerda este en su libro haberse enterado de una pregunta que el filósofo John Stuart Mill, siendo todavía un niño, le formuló a su padre. ¿Quién me hizo? fue el tenor de la pregunta. A lo que el padre respondió: esa pregunta no puede absolverse porque sugiere de inmediato el interrogante ¿Quién hizo a Dios? Es lo mismo -complementó Russell- que la opinión hindú de acuerdo a la cual el mundo descansaba sobre una tortuga y la tortuga sobre un elefante. Y el elefante, ¿sobre qué descansa? A lo que el hindú rezongó: ¿Y si cambiamos de tema? El argumento sinópticamente entendido, se



reduce a lo siguiente: **si todo tiene que tener una causa, entonces Dios debe tener una causa.**

A partir de esa época de mi vida intelectual, año de 1962, sin dejar de ocuparme de la temática religiosa, me fui interesando cada vez más en la filosofía y particularmente en la lógica, ciencia que vino a constituirse en la matriz metódica principal de mi pedagogía, así como de mi trabajo escrito a la manera de artículos, ensayos y libros de diferente género temático. Llegué a percatarme, además, en ese mismo tiempo, del valor intelectual de la teología filosófica que representaba una fuente de información apasionante y seria sobre el tema de la existencia de Dios y la vida espiritual del hombre. Leí con avidez las obras de los clásicos católicos, los nombrados doctores de la iglesia: San Buenaventura, San Alberto Magno, San Anselmo, San Isidoro de Sevilla, Juan Duns Scoto, pero sobre todo San Agustín con La ciudad de Dios y Santo Tomás de Aquino con la Suma Teológica.

Debo admitir, para complacencia o enojo, que mi formación ha sido más que de filósofo, de teólogo, pero no de aquellos petimetres de garaje que apoyándose en las espurias glosas de los Testamentos embaucan a los pobres y gentes incultas con la especie de que aquello que predicán es la 'palabra de Dios'. Yo me atrevo a definirme, en materia religiosa, como un **Teólogo Ateo** y un agnóstico y lógico convencido, defendiendo la hipótesis de que es ateo aquel que no necesita de Dios para sortear las vicisitudes de la vida espiritual, así como agnóstico es quien reconoce la imposibilidad del conocimiento de lo sobrenatural. Una sabia sentencia de Bertrand Russell, sobre la esencia del agnosticismo, ha inundado de prístina claridad los momentos de duda cartesiana que



algunas veces me sobrecogen; *“Es imposible demostrar que no existen ciertas entidades, pero es posible probar que no hay razones para suponer que existen.”*

J.G.C. En gracia a la literatura, ¿Sería usted capaz de imaginarse ónticamente a Dios, así como nos imaginamos al diablo, por ejemplo y a otras deidades benignas y malignas?

N.B.C. Uno de los misterios principales de todas las religiones es la figura o semblanza de Dios. Nadie jamás le ha visto porque supuestamente uno de sus atributos esenciales es la invisibilidad. Las representaciones que nos hacemos de la deidad suprema no pasan de ser, en la mayoría de los casos, antropomorfismos que es preciso aceptar como artículo de fe so pena de excomunión al pasar por ateos o incrédulos irredimibles. El filósofo eleático Jenófanes de Colofón abordó el enigma de la siguiente manera: los etíopes que son chatos y negros se figuran a sus dioses como entidades chatas y negras; en tanto que los tracios, que son blancos, rubios y de ojos azules, imaginan a sus dioses según su propia idiosincrasia y semejanza. Puntualizaba Jenófanes que los leones, bueyes y caballos, de haber tenido inteligencia y manos para dibujar a sus dioses, caballos a caballos, leones a leones y bueyes a bueyes, habrían dibujado de sus dioses formas tales que a las de ellos cobrarán semejanza.

La historia, con sus múltiples vueltas y revueltas nos va imponiendo el sello de sus viajes milenarios por las más disimiles civilizaciones, incluyendo el ítem de la representación de los dioses y sus respectivas cortes celestiales. A nosotros los ‘cristianos’, nos



correspondió, a propósito de la imagen de dios, el legado de la civilización hebrea. Por eso adoramos a un sujeto judío de tez blanca, con el agregado enigmático de la secta cristiana: de ser una deidad que se desdobra en tres: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Una aberración lógica que revienta en pedazos mentales los principios lógicos de identidad y de no contradicción.

No solamente no se sabe cómo es Dios, sino ni siquiera barruntamos que cosa es. Con excepción del burdo intento de definirlo empleando las hipostasis antropomorfas con que los pueblos idealizan las supuestas perfecciones de algún ser atemporal e imaginario. El resultado es que Dios, para los humanos, es solamente eso: la definición de un ente perpetua y absolutamente inconcebible, sin soportes reales de ninguna especie. El afamado filósofo medieval y teólogo católico, Juan Duns Escoto, apodado el *doctor subtilis*, afijó el escepticismo de su tiempo sobre la pretensión de acceder el humano al conocimiento de la verdadera naturaleza y semblanza de Dios, cuando escribió: *“ni siquiera Dios mismo sabe quién es o que es porque Él no es un quien ni un qué”*, una sentencia que a mí no solo me inquietó filosóficamente sino que me puso a cavilar hasta el desvelo de varias jornadas de insomnio.

La inquietud, curiosidad u obsesión de saber qué es dios y cuál es su semblanza, ha sido obstinación pertinaz y milenaria de los creyentes menos sujetos a la imposición del dogma que hace de la fe la última instancia doctrinaria en materia de misterios sacrosantos. La iglesia cristiana, así como todas las que han acogido la tesis de aceptar que dios se revela mediante la palabra dictada a sus amanuenses y profetas, ha sentenciado que dios es un ser de figura antropomorfa



y que sus sagradas cualidades son las que rezan en la definición catequística que equipara a la divinidad con su criatura, al pretender que el hombre ha sido creado a la imagen y semejanza del Supremo.

Los teólogos y creyentes que, siendo mayoría, se sujetaron a la tesis de la máxima autoridad eclesiástica, desarrollaron varias estrategias en defensa de la ‘palabra revelada’ como prueba contundente de la voluntad de Dios acerca de ese particular. Fue así que los más esclarecidos lógicos y metafísicos de la iglesia se dieron a la tarea de intentar demostrar los méritos de aquella evidencia que era “fruto de la voluntad divina” Sin embargo un gran obstáculo -el principal entre otros- , viciaba gravemente el argumento de la revelación sobrenatural, ¿Cómo podía probarse que la ‘palabra divina’ era en verdad palabra de Dios? El defecto del argumento consistía en que se intentaba probar algo mediante una tesis que a la vez ameritaba ser probada: una falacia bautizada con el nombre de petición de principio.

Mi agnosticismo blandió el arma filosa de las argumentaciones en disfavor de la hipótesis racionalista tocante a la existencia de Dios. La vieja doctrina del apofaticismo reapareció en mi dotación argumentativa, más esplendorosa y combativa que nunca. Me enteré buscando y rebuscando lecturas antiguas, tanto genuinas como apócrifas, de la cruzada doctrinaria que por siglos han mantenido los teólogos negativos (llamados así por sostener que Dios debe ser conocido como desconocido) en contra de los racionalistas que defendían con las armas del silogismo, la retórica y los dogmas, la supuesta infalibilidad de la prueba de la existencia de Dios fundada en la Escritura.



Leí con gran entusiasmo y dedicación las páginas de un Lactancio locuazmente enardecido en contra de la mixtificación que los racionalistas habían hecho con los textos sagrados, calificando como demencial y absurda la sola idea de reducir la infinitud de Dios al indignante estado de objeto observable o de pieza de curiosidad experimental. San Buenaventura, por otra parte, alegaba con plausible lucidez que entre el sujeto conocedor y el objeto cognoscible debía congraciarse una proporción de relativa igualdad y razonable equiparación, que por lo muy obvio no podía tener lugar tratándose de la esencia absoluta del Creador convenida como objeto de especulación o estudio.

Para los apologetas de la apofática o teología negativa, Dios es una esencia tan infinitamente compleja como absolutamente inabordable. Ninguno de los nombres o atributos que se le son asignados pueden ni remotamente describirle, definirle, demostrarle, calificarle, ponderarle, explicarle o representarle. Dios está por encima y más allá del esfuerzo cognoscente de la imaginación y de la ciencia elaborada por su criatura. Todo lo que se puede hacer, si nos atenemos a la hipótesis de los racionalistas, es esperar a que Él, por medio de la gracia, se dé a conocer en la Escritura o en el arrebatado engañoso de la experiencia mística.

Ahora bien, es por recurso pedagógico que imaginamos la inenarrable semblanza y la inconcebible omnisciencia divina por oposición al imperfecto talante físico y contingente capacidad espiritual e inteligencia inferior de la criatura humana, cuya defectuosidad en todos los ámbitos de la personalidad debemos suponer como impedimentos graves para concebir, por ejemplo, que es la belleza pura, el bien absoluto, la inteligencia ilimitada y el



conocimiento total. En el año de 1960, estando de viaje por los Estados Unidos, tuve la oportunidad de visitar una mezquita y de hablar con un teólogo islámico a quien interrogué sobre el tema de la semblanza y atributos principales de Dios. No tardó en decirme: “Alá es perfectamente insondable. Lo que usted piense de Él eso mismo no es Él”. Una respuesta que me satisfizo mucho porque correspondía al concepto apofático de los teólogos negativos cristianos que yo compartía casi enteramente.

El notable teólogo y acucioso crítico filosófico, Antony Flew, se ocupó con grande mérito de la problemática tocante a la teología negativa: *“Decir que Dios existe, y después solamente agregar que no tiene partes o pasiones, que es incondicionado y misterioso, sería no decirnos nada. Pero cuando nos volvemos a los términos positivos de la definición, inmediatamente nos vemos en dificultades. Porque los términos cruciales son todos esencialmente personales, vale decir antropomorfos”*.

Un corolario de la especulación anterior es la conjetura de que Dios ni piensa ni habla según los parámetros comunicacionales del lenguaje humano. Circunstancia que permite deducir que la supuesta traducción de la palabra de Dios no puede ser la sarta de inexactitudes, paradojas, falacias, barbarismos, errores cronológicos, y desatinos de todo género que compendian lastimosamente el viejo y el nuevo testamento de la mitología judeo-cristiana. Esa no podría ser la lengua de una entidad omnisciente, quien acaso no necesitaría de lenguaje alguno, por lo menos en el significado mundano que le damos al vocablo. Yo llegué a concluir que los teólogos apofáticos profesaban una especie de agnosticismo religioso y que no se declaraban ateos por prejuicios



metafísicos o por miedo de la represión oficial practicada por sus respectivas instituciones eclesiásticas. Me sentí muy feliz de haber sobrepasado el umbral de esa duda y el dintel de ese miedo para ingresar en el resplandor del más vigoroso y triunfal ateísmo.

J.G.C. ¿Cuáles fueron los autores que más lo influenciaron para que definitivamente se dedicara al culto de la lógica?

N.B.C. La filosofía, es especial sus vertientes lógicas y retóricas, ocuparon la casi totalidad de mi interés intelectual en los años correspondientes a las décadas de mi madurez cronológica y profesional. Estudios de base fueron, por supuesto, los clásicos griegos, pero yo no desperdiciaba la ocasión de cotejar, por ejemplo, las ideas de Platón y Aristóteles, Heráclito y Pitágoras, Parménides y Zenón de Elea, con las teologías de los pensadores religiosos, tanto judíos y cristianos como hindúes y musulmanes.

Fueron variadas, abundantes y bastante desordenadas mis lecturas de los principales filósofos de Occidente, no así las muy circunspectas de los clásicos universales de la lógica formal, cuyos bastiones principales, casi sagrados para mí, estuvieron representados por Aristóteles y Bertrand Russell en primer lugar y en segunda instancia por lógicos, epistemólogos, matemáticos y lingüistas de encumbrado prestigio universal: David Hume, Karl Popper, Rudolph Carnap, A.N. Whitehead, William James, Donald Davidson, Alfred Ayer, Antony Flew, Ludwig Wittgenstein, J.L. Austin, T. S. Eliot y Noam Chomsky.

Consecuencia de mis lecturas de lógica y filosofía fueron las cátedras de homónima nomenclatura ejercidas en Instituciones de diferente



nivel pedagógico y prestigio académico durante más de cincuenta años. Consecuencia de estas ha sido, casi enteramente la publicación de mis obras, incluidos sus diferentes géneros editoriales.

J.G.C. Próximamente se le va a rendir tributo a su vida y obra intelectual. Se le va a otorgar el doctorado Honoris Causa en Filosofía, además de la edición de un libro suyo de artículos periodísticos titulado La Pluma de Belcebú, volumen II. La idea del homenaje fue mía y la propuse el día de la clausura del XX Foro de estudiantes egresados, y profesores de filosofía del año pasado (2020). Yo sé que a usted no le gustan este tipo de reconocimientos y ya lo expresó públicamente en el cuadernillo de ‘desagradecimiento’ a los organizadores del evento y también a mí mismo. ¿Considera que este agasajo es una especie de Farewell?

N.B.C. Este evento no es un simple homenaje o reconocimiento por tareas profesionales cumplidas en el rango de la excelencia académica. Ni es una medallita o galardón ganados en un campo de golf por meter más bolas en el menor conteo. Esta vaina es un adiós disimulado que me ofrecen mis colegas profesores y queridos alumnos porque me ha llegado con bastantes creces el tiempo de la jubilación. No sólo del trabajo, pero también y sobre todo la jubilación de la vida. “Barros se lo merece (se han dicho unos a otros) ¿y qué esperamos para hacerlo? Ya está por encima de las “ochenta ruedas”. Y no es el joven de antes, sino un viejo perlado de achaques”.



El filósofo Epicuro habló sobre la muerte con las siguientes palabras de oro y plata: "La muerte, el más temido de los males, nada nos pertenece pues mientras nosotros vivimos no ha venido ella, y cuando ha llegado ella, ya no vivimos nosotros." Un filósofo empirista, de raigambre analítica, no tiene derecho a decir que le teme a la muerte como si fuera un espectro redivivo porque la muerte no existe como un ente dotado de voluntad y movimiento, sino como una hipóstasis antropomorfa.

No es que a mi padre se lo llevó la muerte, es que simplemente se murió. Dicen los diletantes en materia de vida y muerte, que cada hombre nace con los 'polvos' contados, tal y como sucede con el corazón y el conteo de sus latidos. En ambos casos tal opinión, parece un gracejo debido a las precisiones de que carece. ¿Existen los necrogenes o genes de la muerte? Hay la opinión trivial de que el cerebro 'sabe' que ya el individuo que lo porta ha pasado por sus mejores ciclos de reproducción y entonces suelta la jauría de los genes de la muerte para que lo colmen de enfermedades y lo conduzcan a la antesala de su extinción personal.

Epicuro sabía que no tenía razón cuando predicó su famosa desfachatez sobre la muerte. Él sabía (tenía que saberlo) que la muerte, como Dios y como el Diablo, no existen sino como hipóstasis o espectrales fantasmas de la imaginación humana. La muerte no es un ente que espanta sino que somos nosotros mismos al dejar de existir. La hora de la muerte es la hora de los arrepentimientos y de los soliloquios.

Me arrepiento – digo para mí – de no haber cometido más pecados de los que tímidamente tal vez cometí cuando en los tiernos años



mozos escuchaba, – mucho huevón – la voz aleccionadora del cura confesor. Me arrepiento de no haber sido más adúltero y menos prejuiciado de lo que fui en la madurez temprana cuando mis hormonas eran un campanario en las manos de un loco advirtiendo la llegada voluptuosa de una presa comestible. No me arrepiento ni mucho menos de mi obsesiva himenolatría, así como tampoco de mis impulsos satíricos, que bien llevados no tienen porqué convertirse en figuras del articulado penal.

La entrevista con la muerte se convierte en un soliloquio autobiográfico de recuerdos tristes y felices. En materia de afición por las artes, debo a mi padre mi afición por el ‘bel-canto’, cultivado no como actividad interpretativa propiamente dicha, sino como crítica del desempeño vocal de los artistas en el curso de las funciones teatrales o en el esfuerzo de dejar marcadas sus interpretaciones en el acetato de los discos de larga duración. Recuerdo que en mi estadía por los Estados Unidos (1958-1963) asistí a unos seminarios sobre apreciación musical operática que me sirvieron para comprender el fenómeno operístico como un todo histórico-cultural, y .si se quiere, también filosófico. Pero estos seminarios no estaban concebidos para letrados en música, sino para principiantes en la crítica y "amigos de la música operática".

En cualquier caso, no desaproveché la oportunidad de asistir a los re-estrenos anunciados en la cartelera del viejo Metropolitan: Aida, La traviata, Rigoletto, El Trovatore, LaTurandot, Tosca, y otros de autoría verdiana o pucciniana, figuraron entre mis preferidos de entonces. También me enorgullece recordar mi breve amistad con el tenor sueco Jussi Bjoerling, cuya colección de acetatos, mi padre había tenido la ocasión de obsequiarme en uno de mis cumpleaños.



A Bjoerling le vi en escena interpretando el rol de Turiddo en Cavallería Rusticana de Mascagni, haciendo pareja lírica con la incomparable soprano española Victoria de los Ángeles.

Recuerdos tengo también mi afición por los aviones, especialmente por los imponentes Cazas de guerra de la II Guerra Mundial, (diseñados para destruir tanques nazis) y de cómo, sin pena y sin gloria, por poco pierdo la vida en calidad de aprendiz, en una simple avioneta Cesna 150 destinada a erradicar sembradíos de algodón, atacados por la roya.

PUBLICACIONES

(Se conserva el orden que eligió el autor, no el cronológico).

INTRODUCCIÓN A LA LÓGICA FORMAL

Edición de 1970. Ediciones Humanismo.

Cartilla de iniciación a la lógica con énfasis en las doctrinas del concepto, la inferencia silogística, las aberraciones metalógicas de los silogismos, las falacias y las paradojas. Contiene además algún breve tratamiento del método y la notación propios de las expresiones más simples de la lógica moderna o matemática.

Concepto del prologuista.

El presente libro de Nelson Barros tiene el mérito, tan importante en filosofía, sobre todo cuando se propone ser didáctico y pedagógico, de la claridad y la distinción de las ideas. El signo de lo cartesiano, padre de la filosofía moderna. Consecuencia de ello ha sido también cartesiana: la de ser un tratado de lo que es su



objeto. La enseñanza de la lógica. Ha dejado está debidamente expuesta con método, más aun, en una exposición sistemática.

Julio Enrique Blanco.

LECCIONES DE CÁLCULO SENTENCIAL.

Edición de 1986. Ediciones El Búho, Bogotá.

También es una obra de iniciación, esta vez, con un programa sucinto de introducción a la lógica de proposiciones. Entre los ítems principales destacan los conceptos de fórmulas lógicas, procedimiento lógico - deductivo, reglas asociadas al modus ponendo ponens, reglas asociadas al modus tollendo tollens, regla de la prueba condicional, ley del silogismo hipotético, ley del silogismo disyuntivo, manejo de las tablas de verdad, tautologías, contradicciones y contingencias. Tú me relacionaste con la gente del editorial El Búho de Bogotá y con el filósofo español Marquínez quien fue el que hizo el prólogo.

Concepto del prologuista.

¿Qué decir del profesor Nelson Barros, que amablemente me ha pedido una presentación? La respuesta es que para los que nos movemos en el campo de la lógica no necesita presentación. Sus obras mismas lo recomiendan como un sólido y ejemplar lógico, rara avis en nuestro medio colombiano.

En 1970 publicaba una Introducción a la lógica Formal (Barranquilla, Ed. Humanismo, 159pp), que por metodología y rigor es hasta hoy la mejor lógica tradicional o clásica escrita en Colombia. Me sorprendió cuando por azar cayó en mis manos. Barranquilla tiene indudable importancia en literatura de ficción, ¿pero en lógica?



¿Un lógico en el corazón de Macondo? No lo podía creer, pero por allí andaba el autor según referencias que me llegaban de personas que lo conocían. Otro día, también por azar, recibí una carta suya y hace poco una visita en Bogotá. Aquí, en la Universidad Santo Tomás nos encontramos, congeniamos y entablamos una amistad “muy lógica”. En esta ocasión conocí otros trabajos del profesor Nelson Barros con las mismas calidades que en el ya reseñado: Lógica y realidad y Primeras lecciones de Epistemología, ambos editados por la editorial Uniautónoma de Barranquilla en 1970 y 1972 respectivamente. Además del excitante librito sobre La filosofía de Epicuro (ed. Centro Rusell, Barranquilla, 1981, 2º. Ed.)

El trabajo que presento, sin que presentación necesite, desarrolla con gran economía de palabras, como debe ser, pero en forma rigurosa y completa el cálculo sentencial o proposicional. Es una muestra más de sólidos conocimientos y de habilidad pedagógica para exponerlos. Los tópicos desarrollados en los apéndices, así como los gráficos que en el acápite 23 ilustran la funcionalidad de los principales términos de enlace binarios, son aportes originales de Barros. Cuando un día se escriba la historia de lógica en Colombia, por méritos propios Nelson Barros debe ocupar un puesto de honor entre los investigadores de esta disciplina. Deseamos que siga desarrollando con la misma claridad y competencia los otros cálculos en que se divide y extiende el universo de la lógica moderna y que un día los reúna todos en una texto completo.

Germán Marquínez Argote. Universidad de Santo Tomás. Bogotá

PRIMERAS LECCIONES DE EPISTEMOLOGÍA.

Edición de 1972. Ediciones Uniautónoma, Barranquilla.



Las primeras lecciones de Epistemología constituyen una introducción al estudio del conocimiento humano. La naturaleza, factores, posibilidad, origen, esencia, especies y criterios veritativos del conocimiento son aquí sometidos a un tratamiento didáctico en el que se ha pretendido destacar la claridad y precisión de los conceptos.

Los lineamientos más generales de la Teoría del Conocimiento de J. Hessen, en lo pertinente a los temas aquí tratados, han sido adoptados casi sin modificaciones. Sin embargo, la manera de enfocar cada temática cognoscitiva, los subsistemas de clasificación escogidos y el análisis crítico que se ofrece al final de los acápite son de mi exclusiva responsabilidad. Cerca de 80 citas de autores celebres han sido seleccionadas para enfatizar sobre el significado y valor de los juicios emitidos y para ofrecer, al mismo tiempo una adecuada información y consulta.

Concepto del prologuista.

*“El profesor Nelson Barros C. ha tomado la filosofía como lo que es, según lo ratifica un autor de muchos títulos, Julian Marias en **Los Géneros Literarios en Filosofía: un quehacer o empresa, no una “disciplina” como conjunto de proposiciones. Consagrado a ellas devotamente con su clara inteligencia, ya ha dado a la estampa dos obras de gran alcance que diseñan la garra del pensador, Introducción a la Lógica Formal y La Filosofía de Epicuro (Ediciones Humanismo) y ahora entrega Primeras Lecciones de Epistemología que patrocina la Universidad Autónoma del Caribe. De la primera obra ha dicho el nombre cimero de Julio Enrique Blanco que Barros ha dejado la lógica debidamente expuesta con método, más aun, en***



una exposición sistemática. No se necesitan más palabras consagrantes, tanto por la riqueza de su contenido -que reconoce método y sistema - Y sin hablar de la brevedad de Gracián, como por haberlas escrito quien las escribió. Lo que ahora diga un bachiller deshilvanado tendrá el solo mérito del sentimiento agradecido de quien encuentra en la obra del profesor Barros puro manantial para su anhelo de estudio.

Benjamín Sarta.

DESARROLLOS DE LÓGICA PROPOSICIONAL.

Edición de 1999

Publicaciones Centro Russell, Barranquilla.

(Obra sometida a la revisión del filósofo Adolfo Leon Gomez)

Prólogo

El quehacer reiterado de los actos cognoscitivos en alguna parcela del saber, suele desembocar en el descubrimiento de conexiones o interrelaciones no advertidas previamente por el propio investigador ni puesta en evidencia por los autores consultados.

Descubrir, en este sentido, es hallar casualmente lo que se ocultaba a los ojos de la inteligencia estando cotidianamente a la mano para los trabajos habituales de la pedagogía, la ejercitación jerarquizada de los métodos o la reclasificación rutinaria de los conceptos.

Descubrir es una mirada noética que traslinda lo que la mirada física, renuente y esquiva- ha sido incapaz de ofrecer. El descubrimiento supone -como lo dijera Claparede hablando de la invención, -una especie de retirada, una huida a lo oscuro, seguida



de un retorno a lo distinto y lo preciso. Supone, también, un alborozo íntimo, una fiesta del espíritu que se solaza en el boato solitario de sus propias realizaciones.

Mis “Desarrollos de lógica proposicional” están dirigidos a la comunidad científica y universitaria interesada en el estudio e investigación de temas lógicos y matemáticos. Se trata sobre todo de una presentación, a manera de estreno, de algunas reglas de inferencia y equivalencias tautológicas que se someten a la consideración de expertos y estudiosos para su correspondiente análisis y ponderación.

OPERADORES LÓGICOS EN LA ENSEÑANZA

Edición: agosto 2000

Los “Operadores lógicos en la enseñanza” fue originariamente presentado por mi como tesis en el postgrado adelantado por la Universidad del Atlántico, sobre Filosofía de la Educación que tú promoviste siendo Decano y que se llevó a cabo en la vigencia académica de 1997-1998. El libro trata, a todo lo largo de su desarrollo expositivo, de enseñar qué son los operadores lógicos, cuál es su desempeño en el horizonte de la enseñanza y cuáles son las ventajas pedagógicas de llevarlos a la práctica.

No interesa si se es marxista, estructuralista, neotomista, fenomenalista, existencialista o positivista. Hay que mantener la coherencia del discurso aunque el discurso verse sobre entidades imposibles o acontecimientos absurdos, hay que ser precisos en las definiciones aunque tengamos que definir los indefinibles o hay que



saber probar que una teoría no se puede probar, o demostrar que una proposición dada no es susceptible de demostración.

Coincidiendo con su estructura lógico formal, la temática del texto abre su compás metodológico para abarcar los temas principales de la retórica filosófica y, por supuesto, también de la jurídica. De hecho es una magnífica oportunidad para recabar en la tesis que exige un aceptable manejo de la lógica formal como condición de base para enfrentar, manejar y denunciar las incoherencias y falencias sintácticas y semánticas tanto de la metafísica filosófica como del lenguaje jurídico vigente.

ARGUMENTOS FORENSES

Tercera edición: 2010

Editorial Ibáñez, Bogotá.

Conceptos introductorios

Este libro no es, en rigor, un tratado sobre teoría de la argumentación, o un texto universitario de lógica sobre el tema del discurso jurídico; ni siquiera es un ensayo sobre los alcances prácticos de esas disciplinas. Se trata, más bien, de una descomplicada y heterodoxa presentación de los argumentos constrictivos y persuasivos más recurridos por los abogados litigantes para impugnar o defender puntos de vista en el curso de los debates forenses, así como de algunos desarrollos conceptuales mínimos que le confieren un toque de distinción pedagógica a la obra.



El libro propende, además, por una concepción utilitaria y ecléctica en torno a la eficacia y oportunidad de echar mano de las herramientas de la lógica estándar y de las nuevas lógicas o para hacer uso de las construcciones retóricas concebidas como estrategias para ganar la voluntad del auditorio. Lo que tiene que interesar prioritariamente al orador jurídico- en la opinión del autor- son los resultados que puede alcanzar en los debates forenses si logra poner a su disposición el repertorio de recursos heurísticos que las nuevas lógicas y las nuevas retóricas ofrecen a quienes estén dispuestos a sacar el mejor provecho de ellas.

Concepto del prologuista

Los lectores de este libro de Barros Cantillo deben estudiar directamente sus “argumentos forenses”, sin intermediarios, para enriquecer su cultura jurídica y al mismo tiempo servirse de ellos en su práctica profesional. Por esto, la presente obra resulta útil para estudiantes, abogados, jueces, juristas, magistrados y políticos, porque al estudiarla recibirán buen provecho de su lectura, como lo recibimos nosotros que tuvimos el privilegio de contarnos entre sus primeros lectores. **Hernán A. Ortiz Rivas.**

LAS NUEVAS HERRAMIENTAS DE LA ARGUMENTACIÓN JURÍDICA.

Segunda edición, 2006 Ediciones Ibáñez, Bogotá

De principio a fin, la obra es, en buena medida, un sostenido esfuerzo polémico encaminado a combatir con diferentes estrategias discursivas la tesis arriba barruntada que contrapone enteramente la demostración a la retórica y minimiza el papel de la lógica formal en el horizonte operativo de las actuaciones



procesales. Pero lo que en un comienzo se insinuó en mis borradores como el proyecto de una robusta aunque unilateral apología del razonamiento demostrativo en el campo teórico y en el horizonte práctico de las decisiones del juez y la actuación de los litigantes, gradualmente fue cediendo espacios a la presentación de otras formas de inferencias propuestas por ciertas lógicas contemporáneas, cuyos esquemas de razonamiento no son tan rígidamente demostrativos como los de la lógica standard, ni tan flexiblemente retóricos como los de las argumentaciones persuasivas. Es decir, se trata de modelos inferenciales espurios que conservan hasta cierto punto el rigor del método deductivo sin llegar a ser del todo demostrativos y facilitan en buena medida el trabajo discursivo de lograr la aceptación de las propuestas del orador sin ser enteramente retóricos.

De ahí que el acabado final de la obra tal vez justifique la aceptación de su título: **“Las nuevas herramientas de la argumentación jurídica”**; un concepto de amplio espectro extensional que habilita entender cómo, sin oponer con desmesura la demostración a la retórica para la reivindicación de esta sobre aquella, se puede enriquecer el acervo argumentativo de los juristas mediante la adecuada asimilación de los preceptos básicos de la lógica estándar, los lineamientos principales de las retóricas contemporáneas, las innovaciones educativas de las lógicas no monotónicas, los cambios de perspectiva de la revolución informática, las ayudas cognitivas de la inteligencia artificial, las preceptivas heurísticas de la lógica de convergencias o la contribución a la certificación de la hipótesis jurídica suministrada por la teoría de los utensilios probáticos no constrictivos.



Concepto del tratadista y eximio maestro de las Ciencias Jurídicas, Manuel Atienza.

Estimado profesor Barros:

Acabo de leer su trabajo que me ha resultado de gran interés. Muchas gracias por enviármelo. Paso a hacer algunos comentarios sobre el mismo.

Comparto totalmente la tesis básica de su trabajo. La contraposición entre la lógica y la argumentación que muchas veces se hace para concluir que los juristas pueden pasarse sin lógica es un grave error. Yo he defendido siempre esa postura. He estado (y estoy) en contra del imperialismo de la lógica en el derecho. Pero la lógica, la lógica deductiva, es un componente necesario del razonamiento jurídico. Y no solo necesario, sino que opera en muchos más campos de los que los juristas parecen pensar. Además, es también cierto (como usted lo señala muy acertadamente) que la lógica deductiva va mucho más allá de la teoría de los silogismos (hay una pertinaz tendencia entre los juristas a identificar una cosa con otra). Hace ya bastantes años escribí un libro (que titule Las razones del Derecho) en el que trate de presentar las concepciones de los lógicos y de los defensores de diversas teorías de la argumentación jurídica (como Perelman, Toulmin, Alexy, etc). Creo que lo que entonces decía está completamente en la misma línea de lo que usted defiende, lo que me congratula. La coincidencia no es una prueba demostrativa, pero tiene su importancia. Un cordial saludo,

Manuel Atienza, Madrid. Noviembre de 2001.



¿UBI EST DEUS TUUS? (¿DÓNDE ESTÁ TU DIOS?)

Segunda Edición. Editorial Ibáñez, Bogotá. Diciembre de 2000

La idea de un Dios omnicreante o la de un demiurgo ordenador pervive escondida tras los pliegues semánticos de cada discurso positivo que induzca mínimamente a pensar el mundo más allá de sus propios límites de comprobación. De esta suerte, tarde o temprano, en una forma u otra el espectro de Dios o su implícito concepto emergen en toda polémica o discurso que hable desde fuera del contexto científico, en el espíritu de resucitar la añosa memoria de prodigios creacionistas, o en el intento de insertar en el lenguaje tecnológico de hoy la razón de ser del universo y del supuesto rol de la criatura humana como sumiso capataz de la creación.

El objetivo principal de esta obra, dedicada a mis alumnos de filosofía y lógica jurídica, radica en mostrarles o enseñarles de qué manera se abordan las discusiones sobre los temas concernientes a la esfera de las existencias sobrenaturales y las implicaciones gnoseológicas que trae consigo la aceptación de una u otra postura abierta a la discusión. Para ello, he seleccionado los principales argumentos tocantes a las pruebas de la existencia de dios, poniendo frente a frente a los mejores representantes o contendientes (filósofos y teólogos) de cada época y circunstancia histórica.

Hay ciertas advertencias y reglas de procedimiento que deben tenerse en cuenta para entender la metodología de las discrepancias metafísicas 1). Que se trata de una pugna por oposición de pareceres y no de un litigio o contradicción que pueda



resolverse con una prueba empírica. 2) Que no está en juego la existencia de Dios como tal sino la validez de los argumentos que impugnan o defienden la hipótesis de dicha existencia. 3).Que si un argumento es débil o defectuoso, ello no significa que el opuesto haya demostrado su verdad empíricamente considerada. 4) Que las conclusiones de estos argumentos no son verdaderas o falsas sino persuasivas o inaceptables de conformidad con el punto de vista respectivo. 5) Que las inexistencias no se pueden demostrar; intentarlo sería equivalente a tratar de probar que la nada es algo. 6) Que es provechoso convenir en el acuerdo según el cual la ausencia de prueba no es prueba de ausencia. 7) Sin embargo aunque no se puede probar la existencia de ciertos entes, puede haber buenas razones para inferir la improbabilidad de su existencia. 8) Que las pruebas documentales sobre la existencia de lo sobrenatural adolecen de un defecto retorico denominado petición de principio, que consiste en querer probar una cosa que a su vez necesita ser probada. 9) Que las pruebas empíricas de la ciencia, por exitosas que sean, no son transferibles al espacio de los acontecimientos sobrenaturales, porque estos, a diferencia de aquellas no dependen de la sola coherencia sintáctica de sus argumentos, sino del método científico basado en la experiencia 10) Que las conclusiones de los argumentos teológicos, por ejemplo, no deben culminar con el desiderativo juicio volteriano “si Dios no existiera habría que inventarlo”, que es de la misma índole de la proposición evocada por Stendhal: “lo único que puede justificar a Dios es que no existe” 10) Porque ambas son, por igual, exabruptos de la emoción, hijas de los sentimientos o secuelas del dogmatismo extremo. Variables que no aportan nada al meollo de la discusión,



aparte de encender los ánimos o inducir a la violencia verbal o física de los contrincantes.

Concepto del prologuista.

Se trata de una obra filosófica que es, por partida doble, el resumen de una investigación de corte hermenéutico acerca de los principales argumentos teológicos que apuntalan las llamadas pruebas de la existencia de Dios y de sus impugnaciones respectivas, así como un compendio de reglas y comentarios lógicos y epistemológicos en cuanto a las técnicas discursivas a seguir en el manejo dialectico de temáticas de esta estirpe, cuyo tratamiento argumentativo y probatorio debería ser, por razones metodológicas, de obligado interés para el estudioso de las disciplinas jurídicas y sociales. **Cristóbal Arteta.** Director del grupo de investigación “Amauta”. Universidad Libre.

OTROS ESCRITOS

Mis lecturas filosóficas fueron inductivas de temas un tanto ajenos a mis rutinas consuetudinarias de lógica, teología y epistemología. Fue por este conducto, y aprovechando los lapsos académicos y festividades oficiales, que vine a interesarme en el psicoanálisis de Freud, la teoría de la evolución de Darwin, la astronomía de Newton y Galileo, la sociología de Comte, la teoría del Big Bang, la historia de las dos guerras mundiales y otras temáticas, tanto antiguas como novedosas acerca de las cuales había tenido noticia esporádica fragmentaria y filosóficamente sesgada.



La ética

En el concepto mayoritario de los filósofos analistas y empiristas críticos, la ética es un saber carente de fundamentos ciertos. Se puede alegar hipotéticamente acerca de sus principios históricos, teológicos, sociales, biológicos económicos o antropológicos, sin que pueda darse por cierta su raigambre genética en una cualquiera de esas fuentes. La aparición remota de la ética se pierde en el turbión insondable de las edades paleolíticas, pero tales orígenes y contextos no alcanzan a reunir las condiciones causales primigenias de la moralidad humana.

Una vez aceptado el hecho rotundo de que la ética es – por razones pragmáticas un fenómeno incausado – toca proceder de conformidad con ello, es decir, pragmáticamente. Lo primero es aceptar la diferencia entre la doctrina ética y la norma moral. En este punto debemos reconocer que uno no escoge libremente, sino que le es impuesta la doctrina ética del entorno familiar, religioso y social en que nacemos. Las normas son los mandatos, prohibiciones y costumbres que ordena la doctrina con todas sus virtudes, vicios y absurdidades. Con el paso de los años y el advenimiento de los cambios sociales o caprichos personales, el individuo suele elegir cambiar su ética consuetudinaria por otra diferente o de parecido talante según sus gustos religiosos, políticos, filosóficos o porque simplemente le da la rotunda gana.

Lectura y praxis pedagógica

El tema de la ética me interesó en gran medida, tanto que procure prepararme, con la ayuda de mis conocimientos en filosofía, para ejercer de docente en esa asignatura cuando tú me reintegraste a la



Universidad del Atlántico. Mis apuntes de clase me brindaron la oportunidad de escribir un opúsculo hecho de pensamientos y moralejas que tuve a bien intitular “Máximas, mínimas y medianas para una reflexión ética liberadora”.

El opúsculo de que hablamos está dividido en secciones numeradas. Permítaseme citar algunas, con licencia para prescindir de su orden numérico.

#6 Cuando veo los pararrayos elevarse desde las cúpulas de las iglesias, no puedo dejar de pensar que la clerecía se pronunció abiertamente en contra del invento de Benjamín Franklin. Desviar o atraer relámpagos no significaba otra cosa que intentar burlar la voluntad divina.

A mí me parece muy ético enseñar estas cosas a los estudiantes. Decirles, por ejemplo, que en el año 1925, en el estado norteamericano de Tennessee, debido a la presión oscurantista de la religión, un maestro de escuela de apellido Scopes fue procesado y condenado por haber enseñado la teoría darwiniana del origen de las especies; decirles que el Papa Bonifacio VIII desautorizó la práctica de disecciones de cadáveres porque “dificultaba el milagro de la resurrección de los muertos”; o decirles que hubo oposición oficial de la iglesia a la aplicación de la vacuna contra la viruela porque “no está en las manos del hombre desviar los designios de Dios”.

Yo pienso que estos ejemplos ayudan al educando a formarse un criterio más objetivo sobre la verdadera naturaleza de la religión.

Oscar Wilde decía que un hombre puede ser perfectamente feliz con cualquier mujer mientras no la ame.



Viniendo de quien viene, la reflexión anterior parece una muestra más del sarcasmo irredimible que era tan característico del autor de El retrato de Dorian Gray. Sin embargo, si se piensa detenidamente en lo que dice Wilde, no tardamos en aceptar que una situación así es perfectamente realizable. La falta de amor no siempre entraña el sentimiento del odio. Un hombre y una mujer pueden vivir juntos apaciblemente durante mucho tiempo sin amarse ni odiarse. Tal vez es algo que ocurre tan a menudo que la gente no alcanza a percatarse de ello.

Los hombres y las mujeres moralmente 'normales' condenan el sexo plural. Hacer el amor en trio o en dobles parejas es para ellos perfectamente inadmisibile y absolutamente condenable. ¿Cuántas veces, empero, no fantasea por separado cada cónyuge con estar en brazos de otra persona? Físicamente hay dos personas en la cama; imaginativamente hay más.

Ralph Luntton, oponiéndose a la dictadura del Génesis decía que el hombre no es un ángel caído, sino un antropeide erguido.

#4 Decimos que lo pornográfico es malo por doble connotación: estéticamente malo y moralmente malo. Oscar Wilde rechazo lo segundo cuando escribió que en materia de arte no hay libros buenos o malos; un libro está bien escrito o mal escrito y eso es todo.

La catedra de ética debería ser un bastión de la tolerancia escéptica contra los dogmatismos de toda pelambre. La historia del dogmatismo es la historia de la intransigencia, de las persecuciones, de los juicios aberrantes, de los cadalsos levantados en nombre de las verdades absolutas, de los asesinatos de científicos y



librepensadores, de la reclusión de políticos disidentes; es la historia de los miedos y de las supersticiones, del oscurantismo religioso y de la superchería política.

#59 Por haber dicho que el Sol es una piedra encendida y no un dios y por haber opinado que la Luna es otra Tierra, los dogmáticos de Atenas condenaron al filósofo Anaxágoras a la pena del destierro. Por sostener que no estamos ciertos si los dioses existen o no debido a lo complejo del problema y a la brevedad de la vida humana, destruyeron los libros de Protágoras y maldijeron su nombre. Por opinar que el universo es un animal vivo y es infinito, los dogmáticos del Santo Oficio quemaron vivo a Giordano Bruno y obligaron a Galileo a sostener, bajo la amenaza del tormento, que la Tierra no se mueve y el Sol no es el centro de nuestro sistema planetario.

#60 Los dogmáticos de diferente jaez deberían tener la oportunidad de habitar por una temporada en el planeta imaginario de Tlön fantaseado por Borges. Allí desaprenderían el dogmatismo porque las filosofías no son compendios de alguna verdad absoluta sino ejercicios de un juego de probabilidades; los metafísicos de Tlön no buscan la verdad, ni siquiera la verosimilitud, sino el asombro; juzgan que la metafísica es una rama de la literatura fantástica; saben que un sistema no es otra cosa que la subordinación de todos los aspectos del universo a uno cualquiera de ellos; y están obligados a redactar el antilibro de todo libro que escriban.

#4 Sigmund Freud escribió que el hombre es un dios con prótesis; bastante magnifico cuando las lleve puestas pero inerme cuando se las quita.



#53 Contraponiéndose a los intuicionistas en materia axiológica, Mario Bunge sostuvo que aunque los valores no sean conocimiento, son objetos cognoscibles, o sea que, como sucede con el trabajo científico, se puede tener conocimiento tanto de lo que es conocimiento como de lo que no lo es. No se trata, pues, de que se pueda desarrollar una ética científica, sino que la ética puede llegar a ser estudiada científicamente.

LOS ESPACIOS ALTERNATIVOS DE LA FILOSOFÍA

EDICIÓN, 1999.

Durante varios lustros existió en la Ciudad de Barranquilla el Centro Russell. Círculo de estudios lógicos y epistemológicos, conformado por tres miembros, Wildersdon Archbolt, Jaime Suárez y Nelson Barros. Hacia finales del milenio pasado, me dediqué a dejar una constancia histórica del grupo en homenaje a los dos primeros que habían fallecido y reconstruí una de nuestras sesiones y lo titule tal y como aquí aparece y le dije al Decano de la Facultad de ciencias Humanas que lo ilustrara sintéticamente y esto fue lo que escribió:

EL LIBRO

Los espacios alternativos en la Filosofía es un testimonio de la existencia deliberante del Centro Russell, círculo de estudios Lógicos y Epistemológicos. El autor recrea, en el escenario de la palabra, cómo tres contertulios a modo de Conversatorio desarrollan un intrincado debate filosófico en donde se citan autoridades como Fayerabend, Ayer, Popper, Kelsen, Hartmann y Wittgenstein para afianzar sus argumentos.



Por algo se afirma en nuestro medio que este círculo, cerrado, muy parecido a los pitagóricos, constituyó un pedazo de la racionalidad occidental incrustado en Barranquilla.

José Gabriel Coley

Decano Ciencias Humanas

Universidad del Atlántico

GAITAN

Mi interés en Jorge Eliecer Gaitán es no solo académico (en sentido amplio) sino también personal (en sentido biográfico). Lo primero, porque era el un hombre de estatura universal en sus intereses intelectuales (filosofía, antropología, sociología, retórica, gramática, historia, lógica y derecho penal) y lo segundo por algún par de episodios que sin saberlo él lo comprometieron con las tempranas memorias de mi vida infantil.

Comenzare por lo segundo. Estando de gira política por la Costa Atlántica en 1946-47 el doctor Gaitán se detuvo en Barraquilla para proseguir, luego de un merecido descanso, con su itinerario de campana y para cumplirle a un amigo muy cercano con el bautizo de su último hijo. Ese amigo era el doctor Carlos Stacey Insignares, hermano de mi madre, a quien Gaitán había conocido en Bogotá, siendo el en ese tiempo, rector de la Universidad Libre y Stacey alumno suyo de último año de derecho y militante fervoroso en las filas políticas del caudillo.



Cumplida que fue la ceremonia religiosa, hubo un brindis y desayuno en el hogar de los Stacy. Gaitán se prodigo en besos de mejilla para las damas y en abrazos de compadrazgo para los señores. También, por supuesto, en dulces, helados y chucherías para los niños, a quienes no dudo en tomar entre sus brazos tal y como es consuetudinaria costumbre de los políticos y personajes de farándula. Llegado que fue mi momento de participación zalamera, el doctor Gaitán me alzo en vilo hasta su hombro derecho y se preparó para la foto.

Yo no tengo sino rastros de memoria sobre lo que estoy narrando, cuya veracidad siempre dependió del testimonio de mi madre y de las pocas fotografías que sobrevivieron al suceso. Dice Carmen T. que yo me harte de helados hasta que mas no pude y que el vértigo provocado por los ires y venires del caudillo -trepado como estaba yo sobre sus hombros- me indujo el más caudaloso torrente de vomito jamás visto por ella.-No sabemos en detalle del desenlace de aquella historia porque Carmen T. muerta de la vergüenza me llevo corriendo a casa para darme una ducha con abundante agua y jabón de perro.

El otro suceso que involucra al doctor Gaitán con mis recuerdos infantiles tiene que ver con la fecha del 11 de abril de 1948 dos días posteriores, dos fechas posteriores al aciago evento de su muerte. Resulta que los disparos que hicieron diana en la cabeza del caudillo produjeron una intensa hemorragia que origino un charco de sangre en el sitio del atentado. Muchos partidarios del líder, así como curiosos de diversa catadura hicieron presencia de inmediato en la fatídica esquina del magnicidio. Entre otros algunos sujetos



supersticiosos y fetichistas que empaparon sus ruanas pañuelos y corbatas en la sangre recién derramada del líder popular.

Yo había llegado a Bogotá con mi familia: Pedrucho, Carmen J. y mi hermanita Jenny, tres días antes del bogotazo, aprovechando un viaje de negocios de mi padre quien a la sazón trabajaba con Avianca en el departamento de provisiones. De los desmanes de la multitud enardecida no tengo recuerdos ciertos, excepto los bombazos y los gritos de los gaitanistas que reclamaban venganza. Todo lo cual me era explicado por Pedrucho y por el señor Bernardo Suarez, un empleado de Avianca en cuya residencia estábamos hospedados.

Un día y medio después del magnicidio tocaron a la puerta de la casa de los Suarez. Era alguien preguntando por el señor de la casa, pero había la precaución de no atender por miedo a los asaltos de parte de los revoltosos y ladrones. El hombre se identificó convenientemente: pertenecía al departamento de aseo del aeropuerto y venía a proponer un “negocio”. Se trataba de vender una pañoleta supuestamente manchada con la sangre de Gaitán. “Era de procedencia confiable, pues una hermana suya, -dijo el hombre- que vio al asesino huir por la Jiménez, fue de los primeras personas en restregar el piso para manchar su pañoleta con la sangre del caudillo.”

La señora de Suarez se puso muy nerviosa lo mismo que Carmen J, quien con mano temblorosa se hacia la señal de la cruz a cada instante. Pedrucho se animó y en un santiamén cerro el negocio. Y yo me sentí muy orgulloso de él. Esa noche no pude dormir. Ni las subsiguientes noches tampoco. Pedrucho noto lo alterado que yo



estaba y una semana después nos dijo que había resuelto deshacerse de la pañoleta. Me dijo que había aprovechado un fuerte viento ventisquero para echarla a volar por los altos picos de Monserrate. Entonces yo hubiera querido haber pensado la fantasía de que en esa pañoleta ensangrentada viajaba por unos cielos sin fronteras el espíritu rebelde del doctor Jorge Eliecer Gaitán.

Gaitán jurista y filósofo.

Mis tempranas, aunque subjetivas y casi imaginarias relaciones con Jorge Eliecer Gaitán, marcaron cicatrices en los inciertos senderos de mi memoria. Desde entonces me propuse no dissociar su nombre de la historia política contemporánea de Colombia, habilitando su recuerdo con lecturas de libros y editoriales de periódicos, que sobreabundaron en los años subsiguientes a su muerte. A ello contribuyó también el espectáculo de ver a mi tío Carlo Maria, un ferviente gaitanista y empedernido liberal vociferar arengas y gritar elogios póstumos en memoria del caudillo inmolado cada vez que se embriagaba, lo cual ocurría todos los días de dios o mejor dicho del diablo.

Así como inadvertidamente han surgido viudas de Gardel, de Rodolfo Valentino, de Elvis Presley, de Marilyn Monroe y de Carlos Marx, así también hubo deudos obsesivos de Gaitán a todo lo largo y ancho del país. Mi tío Carlo Maria fue, en medio de su alcoholismo, uno de ellos. Y yo, a mi manera, en el encerramiento de mis sueños y emociones, fui otro.

Llegada que fue mi madurez intelectual, y todavía vigentes mis impresiones y memorias “gaitanistas”, advertí tener una deuda con mi Gaitán subjetivo o fantasmal; una deuda que debía traducirse en



la escritura de una obra sobre la saga de su vida o de su realización intelectual. Entonces pude percatarme que la bibliografía del Gaitán filósofo y retórico era numéricamente ínfima comparada con los millares de libros que sobre el Gaitán político se habían venido escribiendo en muchos países desde el año de su asesinato. Por lo consiguiente comencé a pensar en un proyecto y a prospectar un programa que me permitiera sacar a flote la retórica y la lógica del abogado Gaitán. Un proyecto que armonizara perfectamente con mis preferencias filosóficas en ese mismo dominio de la epistemología jurídica.

EL ABOGADO GAITÁN (La argumentación en el discurso jurídico)

Publicado por Ediciones Ciencia y Derecho, Bogotá, 2008

Aunque la obra trata, en general, de la filosofía política de Gaitán, de su condición personal como ideólogo o científico y del legado histórico que adviene de su cruenta inmolación e insustituible pérdida, de lo que aquí se trata, en realidad, es de mermar un tanto la importancia de sus realizaciones caudillistas, para ceder lugar preponderante al esplendor de sus capacidades filosóficas, lógicas y retóricas que, tomadas en conjunto tanto como individualmente, conforman un precioso obsequio para los lectores ávidos de estratagemas inteligentes, de improvisaciones geniales y de audaces filosofemas sin parangón en la historia de los procesos penales.

